



## EL HOMBRE CONTRA EL HOMBRE (II)

Vivimos en un mundo donde nos escondemos para hacer el amor, aunque la violencia se practique a plena luz del día.

*John Lennon*

Existen dos grandes errores: dejar de honrar y obedecer los dictados de nuestra alma y actuar contra la unidad.

*Edward Bach*

Según Amnistía Internacional, hoy en día hay en el mundo medio millón de niños soldados, de los cuales trescientos mil se encuentran combatiendo en ejércitos, milicias, guerrillas, etc; la mayoría son reclutados forzosamente mediante el secuestro. Es un dato drástico pero que indica en qué grado de violencia nos desenvolvemos. Sin embargo, es curioso que ni el diccionario sepa definir con claridad meridiana qué es violencia; “acción y efecto de violentar” o “cualidad de violento” apenas nos facilitan la labor. Quizás una forma de etiquetarla sería encuadrarla en todas aquellas actitudes, acciones, omisiones o pensamientos en los cuales nos convertimos en seres destructivos con el medio que nos rodea, con otros seres vivos, otras personas o con nosotros mismos.

Se defina como se defina, lo que no admite duda alguna es que la violencia está presente en nuestras vidas. Los ejemplos que nos rodean son múltiples y aplastantes... La violencia de las instituciones corporativas o gubernamentales, a la que se someten las personas que en ella trabajan y cuya labor afecta a otras; personas que a su vez personalizan en estos individuos la violencia de dichas organizaciones, con lo cual se cumple la máxima de que la violencia genera violencia, si bien no siempre recae sobre quien inicialmente la fomenta... O la violencia nacionalizada, en la cual los ciudadanos son alentados a asesinar por motivos de interés nacional, o se ven inmersos como víctimas en las desgracias inefables de una guerra... O la violencia a la que legitima ser parte de un estamento militar o policial, por cuanto se sobreentiende que la persona que se uniforma es un profesional que sabe diferenciar la reacción necesaria de bloqueo o resistencia, del abuso agresivo al saberse en una posición preferente ante la ley...

Consumimos violencia a niveles audiovisuales tan constantes e intensos, que parece que las nuevas generaciones se encuentran prácticamente inmunizadas a todo impacto visual, sin comprender en su trascendencia hasta qué punto esa insensibilidad ante el horror, por ficticio que sea, es inarmoniosa e innatural. Son ejemplos resultantes de una sociedad de ansioso consumo, donde lo real y lo ficticio se entremezclan de tal forma -a veces deliberada- que convierte a la violencia y la muerte en entretenimiento, tanto cuando se trata de una película o videojuego, como cuando se informa en los medios -con estética cinematográfica-, de vidas truncadas por acciones violentas.

Quizás resulte demasiado fácil asociar el binomio miedo/amor al de violencia/paz. Un medio social en paz haría florecer manifestaciones constructivas, altruistas y solidarias, germinadas en el amor; en un medio violento -como ha sido el que mayoritariamente el hombre ha conocido desde que es hombre- germinarían dosis elevadas de odio y miedo. Y es que, según afirman algunos sabios, en todas las elecciones que realizamos en

nuestras vidas -desde las cotidianas hasta las más trascendentes- nos movemos esencialmente entre dos fuerzas motivadoras: el poder del miedo y el del amor; lo que se traduciría en su conducta más instintiva en la huida del dolor y la búsqueda del placer. Sin embargo, el hombre -aun cumpliendo en la mayoría de las ocasiones con ese patrón de comportamiento- es capaz de contradecir esas premisas evolutivas: puede tener un comportamiento autodestructivo o hallar placer en el sufrimiento propio o ajeno; como de igual y extraño modo, puede trascender el dolor o sentir dicha en la dicha ajena, pues llega a sentirla como propia. Como pauta general, la violencia se presenta en la naturaleza como un recurso necesario que suele ser empleado sabiamente por los animales, aunque sea de forma instintiva. En casi todas las circunstancias en las que surge en el medio natural, se limita a un recurso para subsistir, establecer jerarquías o delimitar territorios. Sin embargo, aunque los humanos también somos capaces de emplearla de igual modo, podemos además tanto trascenderla como ser poseídos por ella, por este don (y látigo) evolutivo que nos distingue del resto de las especies.

Ante estas consideraciones, cabe preguntarse: ¿puede darse la posibilidad de que el hombre algún día -a pesar de que prácticamente no lo haya conseguido en toda su historia-, logre vivir en paz consigo, con su condición aparentemente mortal/espiritual, y tras esta aceptación de su naturaleza paradójica se consiga por labor individual mayoritaria que se refleje en el estado global del planeta? ¿Tiene sentido aspirar a ser algún día seres “amorosos” -entendiendo como tales, seres que se aceptan plenamente a sí mismos, a sus congéneres, a los seres vivos y a su entorno-, o estamos obligados por nuestra propia naturaleza a comportarnos de forma violenta? ¿El germen de la violencia emana del medio natural o social en el que nos desenvolvemos, o realmente se halla latente en el interior de cada ser humano? Si nuestra misión es integrarnos en la armonía en que se desenvuelve la vida y todas sus manifestaciones, ¿es el sufrimiento una llamada interior a recuperar nuestro camino, afín a la armonía del mundo que nos rodea? ¿Podemos delegar el fin de ese sufrimiento a una ayuda externa, o más bien ha de ser una tarea íntima y personal, intentando discernir sobre las fuerzas que motivan nuestro comportamiento inarmónico hasta lo violento?

Preguntas que se amontonan y que no consiguen hallar respuesta, aunque por sí mismas -por la duda que despiertan- es posible que nos ayuden a profundizar en nuestra propia naturaleza: hasta qué punto *somos* violentos, o bien nos dejamos contagiar por una violencia externa; y ante todo y sobre todo, si realmente tenemos poder para elegir la actitud pacífica frente a la actitud violenta.

Posiblemente, mientras sigamos considerándonos e identificándonos como seres aislados e independientes, limitados por nuestros cuerpos, el avance será más lento, pues al fin y al cabo, la violencia en la que participamos o de la que somos testigos refleja el miedo a la vulnerabilidad de nuestros cuerpos: a la fragilidad de nuestra propia existencia. El miedo alimenta a la violencia: el miedo a la muerte, el miedo a los otros, el miedo a Uno mismo, el miedo a la vida.

La paz por el contrario alienta al amor interno.